

ALEJANDR@

Autor: Manya Loría

Mi madre siempre tuvo miedo de que yo me lastimara. Aseguraba que mi cuerpo de niña era algo que se podía romper fácilmente. Me ponía unos vestidos que yo odiaba porque me hacían sentir disfrazada, como si no fuera yo, como si tuviera que fingir ser alguien más, otra niña, la cual se sentía cómoda y bonita adentro de todos esos pliegues y olanes asfixiantes. Pero no, yo solo me sentía inútil, porque si me subía a los árboles vestida así se me veían los calzones y los niños se burlaban, o si jugaba fútbol, se me raspaban las rodillas al barrerme para meter un gol. Los vestidos me parecían algo muy absurdo, me hacían ver ridícula y me exponían a lastimarme o a que me lastimaran.

Tenía muchos amigos varones cuando era niña, y nos inventamos un juego en donde ellos me cambiaban el nombre para que no hubiera diferencias entre nosotros. Un día me llamé Juan, al otro Rubén, después Raúl y luego Mario, pero hubo una ocasión en la que me nombraron Alejandro, y pude verme en el cuerpo de ese niño, con sus piernas largas y fuertes, su cabello despeinado y amarrado detrás de la cabeza y sus manos grandes con las uñas sucias de tierra de tanto jugar. A Alejandro nadie le recriminaba las cicatrices de las rodillas, ni le exigía que se sentara con las piernas cerradas. Alejandro era libre.

Se volvió mi acompañante desde entonces, a veces cerraba los ojos y tocaba sus manos con las yemas de mis dedos, se sentían ásperas y gruesas. Empecé a jugar venciditas con mis amigos de la escuela, y si cerraba los ojos y visualizaba claramente la mano de Alejandro en el lugar que se encontraba la mía, les ganaba.

Una noche, a los doce años, cuando empezaba a quedarme dormida, sentí que alguien se acomodaba a mi lado entre las sábanas, cuando escuché su voz en mi oreja supe que era él: “¿Y si mañana le vemos los calzones a las niñas en el recreo?”, me dijo suavemente y se rió. A la noche siguiente me sugirió que jugara con Moni y Lau a la casita, yo fui el esposo, así que las besé a ambas y sus besos me supieron a chamoy y a Miguelito, el de Moni, al final, me supo también a paleta tutsi pop.

Cuando cumplí quince años mi cuerpo se convirtió en un lugar incómodo, me salieron curvas y bolas por todas partes, temí que Alejandro decidiera no venir a habitarme más porque era terriblemente difícil moverse con libertad con estas protuberancias, y sí, él desapareció por unos días, yo me refugié en ropas flojas y grises para ocultar los cambios, pensé que así a lo mejor él regresaría y los niños de la escuela volverían a hablarme como antes, porque ahora, cuando me les acercaba, se quedaban todos callados y me miraban las tetas de reojo.

Un día los escuché hablando de las niñas de la escuela, las clasificaban en nalgas grandes, chichis pequeñas, piernas torneadas o tilicas. Me fui antes de saber en qué categoría me habían metido. Me encerré en el baño y me puse a llorar, me sentía atrapada en este cuerpo extraño, expuesta y observada, pero sobre todo, sola. De pronto, entre mis lágrimas me miré las manos, que estaban callosas y con las uñas sucias, abrí la puerta emocionada para verme en el espejo, y ahí estaba él, Alejandro me sonreía desde mi cuerpo embutido en unos pantalones sin forma, unos tenis sucios y una playera dos tallas más grande de lo que necesitaba. Nos limpiamos las lágrimas y salimos del baño directo al patio, y le demostramos a los chicos que mejor tenían que pensar en cómo ganarme en el fútbol, porque la madriza que les metí ese día probablemente no se les olvidará jamás. Moni y Lau me gritaban y aplaudían desde las gradas, y yo pude verlas con los ojos de Alejandro, cuando se acercaron a abrazarme y a decirme que era la mejor, sentí un cosquilleo que recorrió mi vientre y llegó a mi entrepierna, las cosquillas se quedaron ahí hasta la noche, tenía unas ganas inmensas de tocarme, ¿cómo era posible tener un cuerpo que no quería mostrar pero que en paralelo se excitaba al ver y sentir otros cuerpos llenos de curvas?

Poco tiempo después de eso, al salir de la regadera, me miré frente al espejo y descubrí a Alejandro espiándome, sus ojos brillantes recorrían mi cuerpo lentamente, se detuvo en mis tetas, sonrió y me miró a los ojos, una ráfaga de calor y pudor me subió desde el vientre hasta el pecho, y sentí mis mejillas rojas y calientes. Desvié la mirada del espejo, como si al no ver mi reflejo pudiera tapar el agujero que Alejandro había abierto en mí para poder observarme, nunca me había mirado de esta manera.

El calor comenzó a dispersarse por todo mi cuerpo, acariciando partes que yo no me atrevía a tocar, cerré los ojos y sentí sus manos callosas recorriendo suavemente mi piel, y mi cuerpo palpitando bajo su tacto.

Todo lo que a mis ojos era vergonzoso, comparable e insuficiente se había transformado en perfección para Alejandro, en carne, fluidos y calambres. Sus manos me tocaban con una sinergia perfecta, sabía dónde posar sus dedos para desatar descargas eléctricas en todas mis células.

Alejandro se desbordó por cada uno de mis poros, gemimos al unísono, mientras vibrábamos inconteniblemente. Al despegar mis párpados, lo vi como un destello en el espejo, temblando y sonriendo, como yo, sudoroso y jadeante, y los ojos se me llenaron de lágrimas, ya no había vuelta atrás, no había forma de tapar el agujero, de separarnos, los límites se desvanecieron, y quedé sus-pendida en algún lugar entre el que desea y el que es deseado, entre tocar y ser tocado...

A partir de ese día, cuando me miro en el espejo, suelo sentir que se desdibuja la periferia de mi cuerpo, me siento como un espacio neutral, veo un contenedor de piel indefinido, quizás vacío, donde puedo ser yo, o Alejandro, o cualquier otro.

Anoche, por ejemplo, soñé mi piel rugosa, y sobre mi nariz había un cuerno, mis patas anchas vibraban con la tierra, y mi corazón latía al unísono del rinoceronte que me contenía.